

HEROIDA DECIMA.

ARGUMENTO.

Vencidos los atenienses por Minos rey de Creta, quedaron obligados al tributo anual de siete jóvenes y siete doncellas, destinados á alimentar al monstruo llamado Minotauro, encerrado en un intrincadísimo laberinto. Entre los jóvenes tocó la suerte á Teseo, quien auxiliado de Ariadna, hija del rey, logró matar al Minotauro y poder salir del laberinto libre y victorioso. Al volverse á su patria se fugó con él Ariadna que lo amaba; pero Teseo aprovechándose del profundo sueño de la joven continuó su navegacion, dejándola abandonada en una isla desierta, desde la cual escribe ella pintando su sorpresa, desolacion, temores y toda su deplorable situacion, suplicándole que vuelva á llevarla, ó al menos á llevar sus huesos si hubiere muerto.

ARIADNA

A

TESEO.

Hallé las fieras todas en esta isla
Menos que tú, crueles y tiranas;
Ni entregada al mas bárbaro pudiera
Mas infelice ser, que á tí entregada.

Esta carta que ves ¡ó vil Teseo!
Te la dirijo desde aquella playa,
De do con todos y sin mí, los vientos
Tu velero bajel arrebataran.

De la desierta playa, do mi sueño
Y tú con las traidoras asechanzas
Que á mi dormir pusieras, me vendisteis,
Dejándome á morir abandonada.

*

Era el tiempo otoñal en que la tierra
Comenzaba á cubrir la vítrea escarcha
Cuando las avecillas, escondidas
Entre las hojas, querellosas cantan.

Lánguida con el sueño y perezosa,
Incierta si dormia, ó si velaba,
Tiendo las manos, que con fiel cariño
Hacia tí se dirigen espontáneas,

Nada encuentro, y de nuevo cuidadosa
Una vez y otra vez toco la cama,
Solicita recorro todo el lecho;
Pero ¡ay! en vano mi inquietud se afana.

Con la mortal sorpresa, huyóse el sueño,
Y temblorosa, atónita y turbada
Me incorporo, y del lecho solitario
Me arrojo, sin saber lo que me pasa.

En mi pecho al instante resonaron
Los repetidos golpes que inhumanas
Descargáran mis manos, ni el cabello
Perdonaron inculto cual estaba.

Alumbraba la luna, y con la vista
Registro la ribera solitaria
Por si algo en ella veo, mas en vano
De la vista apuré la perspicacia.

Acá y allá sin orden y sin fruto,
Casi fuera de mí, corro insensata,
Aunque la arena móvil impedía
Mis inespertas juveniles plantas.

Entre tanto, ¡Teseo! ¡mi Teseo!
En alta voz, llamándote, clamaba,
Y Teseo tan solo respondían
Las rocas de la cóncava montaña.

Y cuantas veces mi amoroso labio
Tu nombre pronunció, por otras tantas
Lo repitió la roca compasiva,
Queriendo así aliviar mi pena amarga.

Hay un áspero monte, en cuya cumbre,
Aunque raras, se ven algunas plantas,
Altísimo peñasco, que parece
Que á desplomarse va sobre las aguas.

A su escarpada cima me encamino
 Mis fuerzas animando casi exhaustas,
 Y deste modo los tendidos mares
 Recorro con la vista á gran distancia.

Desde allí pude ver (pues que los vientos
 Tambien mis enemigos se declaran)
 Que volaba tu nave, cuyas velas
 Con el rápido noto iban infladas.

O ya fue que la vieses, ó ya mis ojos
 Se persuadieron crédulos mirarla,
 Helóseme la sangre, y de sentido
 En desmayo mortal quedé privada.

Mas el mismo dolor, no permitiendo
 Que así permaneciese, me restaura,
 Y apenas vuelvo en mí, llamo á Teseo
 Con voz, en cuanto pude, la mas alta.

„¿A dónde vas, esclamo, atroz Teseo?
 „Vuelve, maldado, vuélvete ¿qué tardas?
 „Torna, torna tu nave: ¿de su gente
 „El número incompleto no reparas?”

Así clamo, supliendo mis gemidos
 Lo que la voz solícita no alcanza,
 Y golpes repetidos en mi pecho
 Tambien á mis gemidos acompañan.

Y por si no me oyeras, y á lo menos
 Pudieras descubrirme, aunque lejana,
 Mil señas con las manos repetia
 Que tu atencion enérgicas llamarán.

Un blanco lienzo tremolé, fijado
 En una larga y oportuna vara,
 Para que á tí y los tuyos advirtiera
 Que en la playa desierta me olvidaban.

Ya que verte no pude, de mis ojos
 Pudo el llanto correr con abundancia,
 Que entorpecidos antes con el susto,
 Aun de tan triste alivio no gozaba.

„Y qué cosa mejor hacer podian
 Mis tristes ojos que llorar mis ansias,
 Despues que para siempre mi desdicha
 Los privó de mirar tu nave ingrata?”

Ora, desesperada y sin consuelo,
Errante vago do el furor me llama,
Esparcido el cabello, como suele,
Agitada del dios Bacante insana.

Ora contemplo los inmensos mares,
Sobre una dura roca reclinada;
Y tan yerta y estúpida me siento,
Como la dura roca que me carga.

Mil veces voy al lecho que en la noche,
Víspera de tu fuga y mis desgracias,
Juntos nos llegó á ver, mas que ya juntos
No nos veria mas á la mañana:

Y, ya que á tí no puedo, tus vestigios
Miro á lo menos, comprimida el alma,
Y el lecho á quien tu cuerpo fatigado,
Dormido, su calor comunicaba.

Al ver el lecho tiemblo conmovida,
Y mis ojos en llantó se desatan;
Mójolo con mis lágrimas, y esclamo:
„Pues te ocupamos dos, dame al que falta.”

„Si dos á tu quietud nos acogimos
„Díme, pérfido lecho, ¿por qué causa
„No salimos los dos? ¿mi mejor parte,
„Mi adorada mitad, adonde se halla?

¡Ah! ¿qué tengo de hacer? ¿adonde sola
Me podré dirigir? inhabitada,
No presenta á mis ojos esta isla
Vestigio alguno de persona humana.

Rodeada de mares por do quiera
Nadie las ondas navegando pasa,
Ni se descubre navecilla alguna
Que atravesase sus sendas ignoradas.

Mas quiero suponerme compañeros,
Nave dispuesta y favorables auras;
¿Adonde iria, si tornar no puedo
Al ofendido suelo de mi patria?

Aunque dichosamente navegase
En mar serena, libre de borrascas;
Aunque los vientos aplacase Eolo,
Do quier seré infeliz y desterrada.

¡Ah! jamás otra vez mis tristes ojos
Te volverán á ver, ó Creta cara,
En cien bellas ciudades dividida,
Y á quien de Jove decoró la infancia.

Pues á mi padre Minos, y aquel suelo
Do justo impera próbido monarca,
(¡O amados nombres de mi pátria y padre!)
Ofendió mi conducta poco sábia;

Cuando, para que tú no perezieses
Perdido en las incógnitas murallas
Del corvo laberinto, te dí el hilo
Que al salir dirigiera tus pisadas.

Cuando infiel me decias: „yo te juro
„Por los mismos peligros que me aguardan,
„Que has de ser mia, sí, mientras vivamos,
„¡O dueño de mi vida! ¡ó Ariadna!

Vivimos, sí, vivimos ¡ó Teseo!
Y yo tuya no soy.... (¡Promesas falsas!)
Si aun viva puedo estar cuando al sepulcro
Traiciones de un perjuro ya me arrastran.

¡Oh si tambien á mí tu ímproba diestra
Arrancára la vida con la clava
Que la arrancó á mi hermano! con mi muerte
Soltárase la fe de tus palabras.

Mas ahora ¡ay de mí! no solo pienso
En los forzosos males que me amagan,
Mas temo cuantos males sufrir puede
Cualquiera que se ve en mis circunstancias.

Mil géneros de muerte á cada instante
A la imaginacion fieros asaltan;
Y es menos duro recibir la muerte,
Que en tan horribles dudas esperarla.

Ya por aquella parte, ó ya por esta
Pienso que con furor se me abalanzan
Devoradores lobos, que mis miembros
Con insaciable diente despedazan.

Tal vez en este suelo solitario
Erizados leones se propagan;
O quien sabe tambien si aquí se crian
Hambrientas tigres de sañuda garra.

Tambien se dice que los anchos mares
 Monstruos marinos de su seno lanzan (me
 ¿Ni quién podrá impedir que el pecho iner-
 Me traspase cuchilla sanguinaria?

¡Mas en tantos peligros, á lo menos
 Entre duras cadenas cual esclava
 No me llegue á mirar, envilecida
 Y en serviles labores ocupada!

¡Yo, que por padre tengo al sábio Minos
 Y que tengo por madre á la preclara
 Hija del sol, y lo que es mas, que estuve
 Ya para esposa tuya destinada!

Si ven mis ojos la anchurosa tierra,
 O del undoso mar la estension vasta,
 El ancha tierra y estendidos mares,
 Con mil y mil peligros me amenazan.

Faltábanme los cielos, mas en ellos
 Temo ofendidas las deidades sacras:
 ¡Infeliz! no me queda otro recurso,
 que servir de alimento á fieras bravas.

Aunque habitáran hombres estos climas
 ¿Tendré ya de los hombres confianza?
 ¡Ay! ¡cuán á costa mia he aprendido
 De los estraños á temer las tramas!

¡O si mi hermano Andrógeo no muriera,
 Y tú, malvada Atenas, no pagáras
 Su muerte con la muerte de los tuyos
 Quedando al Minotauro tributaria!

¡Ni al fiero monstruo, pérfido Tesco,
 Postrado hubiera tu nodosa masa;
 Al fiero monstruo que de toro y hombre
 Compuesta tuvo su figura rara!

¡Ni yo te diera el hilo que del hondo
 Laberinto te dió salida franca;
 El hilo que al librarte de la muerte
 Mis afanosas manos preparaban!

Ya no me admira, nó, que por do quiera
 Junta contigo la victoria vaya,
 Ni de que el suelo de la Creta el monstruo
 tiñera con su sangre derramada.

Pues mal pudiera tus entrañas férreas
Herir el Minotauro con sus astas,
Que aun sin cubrirte el pecho ibas seguro
Si su misma dureza lo resguarda.

Rocas en él al hierro impenetrables
Y diamantes durísimos llevabas,
Y aun á tí mismo, ingrato, que en dureza
Al diamante y las rocas aventajas.

¡Sueño cruel! ¿por qué me hundió importuna
En tan hondo letargo tu eficacia?
Mas ya que así lo hiciste ¿en noche eterna
Dejárame dormir tu fuerza aciaga!

Y vosotros también, vientos crueles,
Sobrado prevenidos á su marcha,
Cuya aura, para todos favorable
Solo á mí, y á mis ojos fue contraria.

Y tú, diestra cruel, que ya en la muerte
De mi hermano la mia preparabas;
Y en fin traidora fe, que tan en vano
Me juró de tus labios la falacia.

Conjuráronse en fin en daño mio
Juntos el sueño, el viento y la fe vana;
Y siendo yo una sola y débil jóven,
Para perderme unióronse tres causas.

¿Luego habré de morir sin ver siquiera
Correr el llanto de una madre amada?
¿Luego habré de morir sin que mis ojos
Llegue alguno á cerrar con mano grata?

¿Mi espíritu infeliz vagará errante
De aura estrangera en las regiones vacuas?
¿Ni habrá una mano amiga, que piadosa
Unja mis miembros compasiva y blanda?

¿Posarán en mis huesos insepultos
Aves marinas de mis miembros hartas?
¿Y estos sepulcros son el digno premio
Que á mi amor y servicios se preparan?

Tú entre tanto á los puertos ¡ó Teseo!
De Atenas llegarás, y á tu llegada,
Cuando en tu pátria recibido seas
Y conducido de ella al alto alcazar;

Al referir del fiero Minotauro
 La muerte entre tus inclitas hazañas;
 Cuando del intrincado laberinto
 Y sus enredos vencedor te aplaudas:

Refiéreme también en un desierto
 Abandonada con silencio y maña;
 Que no debo en verdad ser omitida
 Al numerar tus glorias y alabanzas.

¡Engañador...! Ni Egeo fue tu padre,
 Ni tú eres hijo de Etra, cual te jactas:
 Los implacables mares y las rocas
 Tus genitores son y tu prosapia.

¡O si los dioses próbidos hicieran
 Que desde tu alta popa me miráras!
 El estado infeliz en que me has puesto
 A compasión moviera tus entrañas.

Mas si no con los ojos, con la mente
 Mírame al menos: tu traición nefanda
 Mira cual me pusiera. En una roca
 Do baten sin cesar las ondas vagas:

Esparcido en los hombros el cabello,
 Cubriendo en parte la llorosa cara:
 Ponderoso el vestido, que cual lluvia
 Mis perennales lágrimas empapan:

El cuerpo tembloroso, como suelen
 Las espigas del Bóreas agitadas,
 Y escribiendo con pulso vacilante
 Las mal formadas letras de esta carta.

Tal es mi situación; mas no te ruego
 Por mis servicios, pues tan mal se pagan,
 Ni quiero que por ellos te merezca
 Mi mal pagado amor alguna gracia;

Mas castigo tampoco y si no he sido,
 Cual tal vez piensas, la ocasion que salva
 Tu vida conservó, no hay por que seas
 La ocasion de mi muerte desastrada.

Y asi desde este lado de los mares,
 Que por mi mal inmensos nos separan,
 Tendiéndote infeliz las manos puestas,
 De tanto herirme el pecho fatigadas:

Te ruego, aquí postrada, por los pocos
 Cabellos que escaparon de mi saña,
 Y por el tierno y abundoso llanto
 Que arranca de mis ojos tu inconstancia:

Que te vuelvas, Teseo idolatrado;
 Que otra vez ácia aquí tu nave traigas;
 Y si muerta me hallares, á lo menos
 Los huesos llevarás de la que amabas.



HEROIDA UNDECIMA

ARGUMENTO.

Canace y Macareo, hijos de Eolo, dios de los vientos, se amaron criminalmente, y descubierto por su padre su incestuoso amor á los sollozos del inocente fruto de sus torpezas, mandó que éste se echase á las fieras para que lo devorasen, y envió á su criminal hija un puñal para que usára de él segun sus méritos. Canace antes de darse la muerte da parte á Macareo, que se habia escapado, de lo sucedido, encargándole reuna sus cenizas con las de su hijo.

*